

Coloreando la vejez. Reflexiones y problemáticas

(Coloring the aging. Reflections and problematics)

Felipe R. Vázquez Palacios*

Resumen

El artículo pretende dar una panorámica de la vejez rural urbana, de lo que se siente al llegar a la vejez y de asumirse como tal en el contexto veracruzano. Para ello, se colorea la vejez como un proceso que tiene varios matices y por lo tanto, diferentes perspectivas y problemáticas que se funden tanto a nivel individual como colectivo.

A través de la visión antropológica, se profundiza en las señales de la vejez, así como en la vejez asumida, y el contexto familiar y de trabajo que les rodea a las personas de edad avanzada. Así como en el gran desafío de la vejez en nuestra sociedad. Todo ello, con la finalidad de perfilar una cultura de la vejez.

Palabras clave: vejez rural y urbana, contextos, desafíos.

Summary

The articulate tries to give a panoramic vision of the urban and rural aging. What it does feel when arriving at the aging and when the aging it is assume itself in the veracruzano context? For it, the aging it is assume like a process that has several shades and therefore, different problematic and perspectives that they are mixed so much at individual level as collective.

Through the anthropological vision, it is deepened in the signs of the aging, as well as in the familiar context and of work that surrounds to the big people. Also it put emphasis in the great challenge of the aging in our society. With the purpose of outlining a culture of the aging.

Key words: aging urban and rural, contexts, challenges.

Introducción

Hasta hace algunos años el arribo a la vejez se asociaba con la jubilación, independientemente si ésta fuera ansiada o temida. Para la enfermera, el obrero, el maestro, la secretaria, la dependiente, el empleado, entre otros, el día de la jubilación marcaba la entrada a una nueva fase en la vida, la de los adultos mayores.

Pero, ¿cuándo se jubilaban las amas de casa, los campesinos, los choferes, los albañiles, los herreros, los fontaneros, los dueños de pequeños comercios, los vendedores de verduras del mercado y aquellos que trabajan por su cuenta? o ¿acaso se jubilan los artistas, los políticos, los banqueros, los

industriales? Lo cierto es que no, todos ellos se van retirando poco a poco de sus rutinas de trabajo, en la medida en que sus cuerpos y capacidades ya no les permiten continuar, desde luego que sin gozar de pensión ni servicios asistenciales.

El aplazamiento e indiferencia de la vejez

Actualmente la reorganización de los procesos productivos y la crisis del llamado Estado benefactor, nos ha llevado a reestructuraciones en todos los sectores económicos en nombre de la competitividad, la modernización y la globalización. Lo anterior origina que se lancen a miles de trabajadores, de todo tipo, fuera del mercado de trabajo, incluso por debajo de las edades jubilatorias

* Investigador de tiempo completo del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo.
fevaz@ciesas-golfo.edi.mx

señaladas por la ley. Estas personas difícilmente van a poder incorporarse de nuevo al mercado de trabajo y optarán por subemplearse o auto emplearse; lo que genera que empiecen a vivir de manera anticipada los problemas de subsistencia de la llamada tercera edad; lo cual resulta paradójico cuando escuchamos celebrar los grandes avances de la salud pública, de la medicina preventiva y curativa, así como el retraso del deterioro físico e intelectual de los viejos, que se presenta cada vez más tarde.

Aunado a lo anterior, se observa en los jóvenes un aplazamiento en el momento de asumir su adultez; gran parte de quienes hoy tienen 30 años, no reúnen las características para ser considerados en todos los sentidos como adultos. Dada la falta de trabajo, la crisis económica o porque se adquieren largos planes de estudios de postgrado, la estancia de los jóvenes en el seno del hogar se prolonga, así como el momento de tomar sus responsabilidades como adulto; lo que les impide cortar el cordón umbilical familiar y alcanzar su independencia. Además, debido a que el tiempo de asumir la adultez se retarda y reduce, y que por otra parte la esperanza de vida aumenta, hay una tendencia a que la vejez se alargue más que otras etapas de la vida.

Cada vez hay más adultos mayores y la notoriedad que están teniendo dentro de las familias ha generado la necesidad de llegar a arreglos de convivencia intergeneracional, a apelar a la solidaridad entre generaciones y a constituir hogares multigeneracionales que han transformado y alterado la estructura y tamaño de la familia, para poder funcionar. Pero pese a que muchos de nosotros ya estamos experimentando esta situación, persistimos en ignorar que la vejez está tomando una fuerte presencia en nuestra sociedad. Nos cuesta trabajo pensar en la vejez. Es más, nosotros mismos no nos asumimos como individuos en proceso de envejecimiento. Pues lo vemos como un fenómeno tan natural y cotidiano, que pasa

casi desapercibido cuando se contempla como parte de nuestro desarrollo y sólo por momentos nos detenemos con mayor o menor inquietud a aceptarlo como algo inevitable que a todos, incluso a nosotros nos pasará, cuando se presenten los achaques o tengamos que cuidar y a veces hasta batallar con un familiar anciano. Pero mientras nos llega los 70 u 80 años, tratamos de alargar nuestros cuarentas lo más que se pueda y no pensar, ni siquiera imaginar cómo seremos o estaremos en un futuro cada vez más cercano e incierto.

Si bien para la mayoría de nosotros el llegar a viejos causa molestias físicas, mordaces insinuaciones e ironías de la gente, así como nuestra propia resistencia para autorreconocernos como personas de edad avanzada o “ancianas”, debemos hacer una apreciación importante con relación a ello.

Esta resistencia común a envejecer, toma actitudes diferenciadas que van de conductas abiertas de negación en unos, a resistencia pasiva en otros y en muy pocos a una situación anhelada.

Para algunos de nosotros, los avisos de que la vejez se aproxima, se vuelven cada vez más frecuentes y nos advierten que si bien no somos tan viejos, tampoco somos muy jóvenes. Pueden tomar formas distintas, los más comunes y visibles son el deterioro de la salud, la cual puede influir en una rápida transición de adulto a viejo^a. Otras veces, la llegada de la vejez se anuncia con acontecimientos como el nacimiento de los nietos, el estar en medio de generaciones adultas -que bien pueden ser nuestros hijos- y generaciones entradas en años; asimismo, estos anuncios de que la vejez está tocando a nuestra puerta, se dejan sentir por el tipo de responsabilidades en el trabajo, -el retiro- o la muerte de compañeros del mismo cohorte generacional, -la viudez-. A veces, estos anuncios se hacen por medio de bromas que constantemente se presentan en la interacción

^a Un estudio de envejecimiento en “clase dirigente”, concluyó que las mujeres investigadas afirmaron sentirse viejas desde que perdieron su atractivo físico sexual; otra característica que delimitó la transición a la vejez fue establecida al haber resistido el primer infarto ¹.

social (en México a los que ya pasaron de los 30 años les decimos que ya no se cuecen al primer hervor; o bien, a los que ya pasan de los 40 años, que han llegado a la etapa de los *nuncas* “Yo nunca había tenido una gripe tan severa”, “a mí nunca me había dado un dolor tan fuerte” “yo nunca me había cansado tan rápido”; y a los que ya están en los 50 y más años, les decimos: “es que ya no estás para esos trotes”). Pero a veces, los anuncios de la vejez se presentan a través del legado de recuerdos y vivencias compartidas de aquellos que forman parte de nuestro grupo generacional. Todos estos anuncios advierten el paso inexorable de los años. En su gran mayoría, estos avisos motivan o causan cambios distintivos en autoconcepciones sobre la vejez que vienen aparejados con cambios de roles específicos a desempeñar.

Los informantes me han hecho ver algunos indicios claros que señalan el paso de los años en una persona. Las mujeres por ejemplo, dejan de usar zapatillas y los hombres empiezan a usar zapatos más cómodos; también nos lo indica cuando se empiezan a usar lentes para vista cansada; cuando se empieza a preocuparse más por la salud, el peso, la alimentación, la eficiencia sexual; cuando se tiene la necesidad de ir con más frecuencia al doctor, al dentista, cuando nos damos cuenta de cómo han aumentado los precios de los productos, lo caro que salen las reparaciones del automóvil, la compostura de la casa, del refrigerador, entre otros. Cuando se denotan ciertos cambios en el gusto en el vestir, en el tipo de música, la selección de películas. “Hacerse viejo, me dicen: significa ir renunciando a muchas cosas que en otro tiempo nos gustaban e ir aceptando otras, que antes no lo hubiéramos imaginado”. Un mecánico entrado en años me decía: “Yo soy como un carro viejo que después de muchos años de servicio y reparaciones, ya no puede moverse tan rápido como cuando era nuevo y el sonido de su motor me repite constantemente que mi máquina se sigue desgastando con el andar y que mi maquinaria tarde o temprano parará”.

Si bien, hay personas que pese a estas

señales no reconocen su vejez. Por ejemplo, a sus nietos los quieren ver como “hijos”; se resisten abiertamente a usar bastón o anteojos en la calle; presumen a menudo un “segundo aire” se sienten conquistadores; insisten en ser de menor edad que sus contemporáneos; a lo sumo se asumen como “maduros”, pero no viejos.

La vejez asumida

En cambio, cuando la vejez es asumida y aceptada e incluso, pregonada por el mismo individuo, uno observa signos muy evidentes de vejez, como lo es: el cambio de sus actividades y roles así como de su estatus social (la jefatura de hogar ya no la detenta, ha pasado a un segundo plano; a nivel rural por ejemplo, ya no se es invitado a trabajar en jornales remunerados, en algunos lugares se les saluda o se les trata con respeto, con ciertas consideraciones, como “gente mayor,” se les condonan ciertas obligaciones como el no asistir a las reuniones ejidales, a ya no llevar a cabo las faenas obligatorias.

En el caso de las mujeres, dejan de estar al pendiente de la preparación de los alimentos, de la organización del cuidado de los miembros de la familia; hay como una exclusión social y familiar con respecto a ciertas actividades que antes venían desempeñando; la dependencia de terceros se hace cada vez más necesaria; el círculo de amigos es más escaso; se tiende a depender más de la divinidad y a nombrar con más frecuencia a Dios; a aislarse de ciertos círculos sociales en donde ya no se siente bien, debido a enfermedades graves, falta de conocimiento, de amigos de su edad; su opinión puede ser muy valorada pero poco consultada o considerada muy poco en la toma de decisiones; la misma persona reconoce su incapacidad de trabajo productivo; se da cuenta que se está volviendo “invisible” en el contexto familiar y social; en la esfera biológica, las capacidades físicas y mentales sufren deterioro de muy diversa naturaleza.

Su autoridad no puede competir con nuevos sistemas de liderazgo. De proveedor pasa a ser proveído, de cuidador a ser cuidado; de

jefe a supeditado a la autoridad de terceros; de pensamiento lúcido a formulador de ideas confusas y “atrasadas”. Muchas veces se percibe como “arrimado” y estorbo; de generador de fuente de alegría a generador de tristeza y lástima; de enfermo a achacoso e inútil.

La vejez, sea rural o urbana, parte siempre de la tensión social entre lo que el anciano vive y experimenta como vejez (interioridad) y lo que la sociedad percibe de ella (exterioridad). Es en esta tensión, donde las personas mayores construyen cada día su realidad, con un sentido práctico y un saber, que es a la vez raíz y ligadura entre lo que han sido y han hecho, lo que han gozado y sufrido, entre lo que hacen y lo que son hoy. En donde están presentes los recuerdos selectivos de sus luchas, fracasos y triunfos; las enseñanzas recibidas de sus padres y abuelos; los pasos que han dado en la vida; lo que han soñado y realizado; es decir, hay una práctica reflexiva sobre lo que pudieron, pueden y podrán ser y hacer.

Recordemos que la vejez es una etapa de la vida en la que sentirse realizado, depende poco del futuro, puesto que es un sentimiento en el presente, generado de la información organizada y reconstruida sobre lo que se ha hecho en el pasado^b.

Comprendiendo la vejez

Como ustedes pueden observar, la vejez es un proceso muy complejo que remueve muchos aspectos afectivos, confronta valores, relaciones sociales, que no sólo tienen que ver únicamente con el individuo añoso, sino con todos los que le rodean en los diversos eventos de la vida social, fundamentalmente en la vida del trabajo y la vida familiar. Es una etapa donde se mira de distinta manera lo que está alrededor, se hallan más significados y sentidos, los cuales se han ido acumulando y conformando con el paso de los años y en colectividad; donde el individuo tiene más elementos para comprender a sus integrantes y a sí mismo.

Como sabemos, Veracruz tiene un creciente proceso de urbanización, así como una impresionante salida de gente joven de los poblados rurales, que afecta de manera directa el cuidado y atención de los mayores que permanecen atados a sus tierras y a sus cultivos. En este contexto, las personas de edad avanzada requieren medir y evaluar con sumo cuidado los posibles efectos y esperanzas de vida en su localidad, sea esta rural o urbana. Mientras se tenga la posibilidad de cultivar la tierra, de trabajar en “algo” en la ciudad o se obtenga el apoyo de la familia, de las remesas, los viejos seguirán resistiendo. A veces, cambiando sus estrategias de organización económica, otras veces, cambiando o sustituyendo sus cultivos por otros; o bien, fraccionando la totalidad de sus tierras entre sus hijos para obtener a cambio atención y cuidados en sus últimos días.

En otras situaciones rompiendo su relación directa con la tierra, yéndose a la ciudad siguiendo los pasos a sus hijos y tomando roles distintos a los que estaba acostumbrado, ya sea como cuidadores del mantenimiento de la casa de los hijos, o dando atención y cuidado a los nietos. O en el último de los casos, tratando de vender su agotada fuerza de trabajo, que es lo único que les queda por vender. En cualquiera de estas situaciones, los ancianos estarán luchando siempre por mantener su deteriorada estructura familiar, sus valores, sus costumbres, sus creencias, a pesar del fuerte riesgo o cumplida amenaza de ruptura y fragmentación.

En esta comprensión de la vejez, debemos tener presente que algunos ancianos están solos, discapacitados o con alguna enfermedad crónica o degenerativa, experimentando un profundo sentido de soledad, el cual requiere del apoyo emocional y social de los que les rodean, tales como la muestra de amistad, amor y compañía que sólo los lazos de apoyo incondicionales pueden ofrecerles durante sus momentos que los llevan al sin sentido de sus vidas, al dolor, la tristeza, la angustia.

^b Es también en este proceso, donde se capta la vinculación entre la interioridad y la exterioridad del envejecimiento.

Aquí el apoyo humanitario y el amor de los que les rodean es esencial, pues se requiere encontrar a "alguien que sea significativo" para que les haga sentir parte de este mundo, de la sociedad, del país y de la familia; que los haga recobrar la esperanza en la vida. Sin lo anterior, el camino que le queda al anciano por andar puede ser muy arduo y, en cierta medida, impedirle reconocer la razón de lo imperfecto; de aceptar el fracaso con serenidad; de conservar la capacidad de admiración ante lo inesperado; de saborear la satisfacción de los aciertos o el haber cumplido con sus objetivos; el luchar de manera estoica contra las enfermedades y encontrar una respuesta al sufrimiento, para valorar lo que se tiene y lo que se ha perdido, para comprender lo que es la dignidad, el respeto, el amor y para reconocer que todavía se existe.

Pero quizás para algunos de ustedes el envejecer no sea algo tan complicado e incluso vean muy común oír o decir: ¡Qué Dios te conserve por mucho tiempo! o ¡Qué vivas muchos años! Cuando nos felicitamos porque cumplimos años. Pero desde el legendario Matusalén -que vivió 969 años- hasta la fecha, no hemos podido precisar la duración de la vida del ser humano, que según estudiosos de la medicina, oscila entre los 110 y los 125 años cuando más^c. Pero ¿qué sentido tiene prolongar la vida del anciano o que nos remontemos al Jardín del Edén e imaginemos que si Adán y Eva no hubiesen comido el fruto del árbol de la vida, no existirían la vejez ni la muerte, o peor aún, pensar que la ciencia logrará algún día eliminar estos tragos amargos? Las consecuencias serían apenas concebibles^d.

Según información etnográfica, el sufrimiento en este mundo no proviene del proceso necesario, tanto natural como biológico, del envejecimiento o de la muerte, sino de la enfermedad y la muerte prematura. No es el simple número de años de existencia lo que

decide si la vida vale la pena vivirse, sino la forma y el contenido del tiempo que podamos vivir sanos y con capacidad para valernos por nosotros mismos. Se ha dicho, y con razón, que "se envejece y se muere según se ha vivido." Es por ello, que nuestra sociedad veracruzana necesita aprender lo más pronto posible a envejecer, a no negar ni entender la muerte como un evento final de la vida. Hay que contrarrestar la influencia de la sociedad occidental, que considera al sufrimiento una experiencia humana que hay que evitar y establecer que las emociones dolorosas no deben compartirse socialmente porque incomodan. A los niños hay que enseñarles a hablar de la muerte, a encontrarle un sentido a la vida, para que cuando lleguen a la ancianidad no se poseen de ellos el hastío por ella. Es inútil tratar de impedir que los niños se refieran a la muerte sin el temor o el conflicto que causa a los adultos conocer esta verdad, ya que tarde o temprano tendrán que hacerlo. Es el precio por la vida.

Aprender a envejecer significa enfrentar la marginación que sufren los ancianos, en una época en que los cambios históricos son cada vez más vertiginosos. A este respecto, creo que los ancianos de las zonas urbanas están más excluidos de la vida social, política y cultural de su sociedad, que los de las zonas rurales e indígenas, debido a la forma en que se organizan, producen y reproducen sus más vitales relaciones, sean éstas tradicionales o el resultado de un proceso de adaptación a las nuevas condiciones de modernización.

Cada vez más el anciano es aquel que no sabe, frente a los jóvenes que sí saben, y saben, entre otras cosas, porque aprenden más fácilmente. En este sentido, dado que la sociedad relega a un segundo plano el proceso de envejecimiento y, aún más, la muerte, los ancianos se mostrarán selectivos y desconfiados en sus interacciones sociales.

^c Con toda seguridad la mayoría conoce las palabras del salmista: "Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo; porque presto volamos"²

^d Al cabo de unos mil años los descendientes de Adán y Eva no tendrían literalmente sitio dónde estar en la tierra. La muerte forma parte del programa vital del individuo. La reproducción obliga a la muerte. "Muerte y vida se condicionan mutuamente".³

Es por ello que poco a poco van contrayendo sus intereses afectivos, culturales y económicos, en un afán por evitar que se produzca más rechazo. Esta actitud provoca que los ancianos terminen desinteresándose de sus compromisos con la sociedad y que se replieguen en sí mismos, en sus vivencias internas. Lo cual los llevará a emprender una búsqueda de identidad y acciones tendientes a sobreponerse a la constante desvalorización, la anomia, la burla, la pobreza, la muerte.

Es en este proceso de enfrentamiento con la sociedad, donde se encuentra el gran desafío de la vejez, y en el cual se debe concentrar el alcance de la experiencia acumulada a partir de dos elementos esenciales: 1) la resistencia frente a situaciones límites como el dolor, muerte, pobreza, soledad y 2) la capacidad de construir o reconstruir su propia vida en circunstancias difíciles.

Aquí hay que buscar el potencial de la vejez, pese a su alto riesgo por las competencias, las amenazas, las incertidumbres de todo tipo. Pero que las personas de edad han demostrado ser capaces, al superar el miedo; al llenarse de una fortaleza que ya quisiéramos los más jóvenes, pues las personas de edad tienen la capacidad de convertir el trauma en una oportunidad para crear sentidos y significaciones, o bien, un profundo entendimiento del existir; donde se encuentre algo positivo en la vida que sea capaz de dar coherencia, orientación y construir la perspectiva personal y colectiva de la vejez.

La vejez mirando al futuro

Es hora de que empecemos a mirar nuestra vejez como un proyecto de vida, de que reflexionemos acerca de cómo estamos envejeciendo, cómo estamos interiorizando nuestro mundo material y supranatural, de hacer visibles nuestros anhelos y esperanzas, de aceptar la declinación lenta de nuestras facultades corporales, pero también, el desarrollo de una madurez psíquica y espiritual.

Es el momento de construir como sociedad una percepción distinta sobre el envejecer,

que pueda cimentarse como un producto de contextos históricos y culturales particulares y en una dirección donde se vislumbre una esperanza real y no una vía de escape, donde podamos descubrir el potencial de la vejez, sin negar los problemas que esta etapa de la vida engendra. Resulta triste encontrar a personas de edad que sólo tienen como plática reclamos a la vida, a Dios, al destino, a la familia, a sí mismos, por lo que les pasa.

Lo que he aprendido durante el tiempo que he trabajado con personas mayores, es que debemos asumir nuestra vejez como la satisfacción de haber cumplido, con el agradecimiento no sólo por los momentos de felicidad, sino también por los momentos de tristeza, de dolor, de sufrimiento. Debemos comprender que nos tocó vivir a cada uno, una vida con historias diferentes, quizás con recursos y oportunidades distintas; con aciertos y errores; de los cuales no debemos culpar a nadie, hicimos las elecciones que pensamos adecuadas en ese momento para vivir nuestra vida; dentro de las limitaciones que se nos presentaban y las que nosotros mismos nos trazamos. Sea cual haya sido el resultado, no hay marcha atrás, quizás ya no podamos realizar las grandes hazañas para reconstruir nuestra historia. Pero si, con la experiencia adquirida para aprender a disfrutar lo que nos resta de vida. Y ya sea que nos encontremos más o menos bien o con preocupaciones familiares, o tal vez con problemas de articulaciones, diabetes, con algún dolor o pérdida de la memoria, o quizás sin una pierna, ciegos, sordos, discapacitados para valernos por nosotros mismos, o que estemos solos o acompañados, tristes o llorando la pérdida de un ser querido. Pero eso sí, con la capacidad de poder entresacar de la suma de cada uno de los momentos vividos, las enseñanzas más profundas y las alegrías más intensas que nos ha dado el existir.

Es muy cómodo olvidar lo aprendido y terminar diciendo al final de nuestro camino como dice una canción: "Nada me han enseñado los años, siempre caigo en los mismos errores" Pero por el contrario, es muy gratificante llegar a la cima de nuestra edad

y mostrar nuestra experiencia y conocimiento a los que nos rodean y sentir la vejez como la expresa el cineasta sueco Ingmar Bergman: “Envejecer es como escalar una montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más amplia y el pensamiento más libre y sereno”.

Referencias bibliográficas

1. Rosenblueth I. Patrones diferenciales de envejecimiento, salud y enfermedad en diversos sectores sociales urbanos, en Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. UAM-I. México. 1985 Ene-jun; 12 (6); 34-65.

2. La sagrada Biblia. Casa Unida de Publicaciones. México 1999. Salmos 90:10.

3. Woltereck H. La vejez segunda vida del hombre, México; Breviarios, Fondo de Cultura Económica; 1962.

